

EL "CONÓCETE A TÍ MISMO"

Un "criterio seguro de la verdad", según GREGORIO de Nisa

Anneliese Meis W.

Todo intento de pensar un *criterio seguro de la verdad* se expone hoy, sin duda, a la sospecha de estar obsoleto. Pues, la certeza no pertenece a las características propias de una mentalidad del siglo veinte que cada vez más relativiza hasta los valores más sólidos de nuestra convivencia. Si preguntamos por semejante criterio a un autor como GREGORIO DE NISA, conocido por su "relativización" de la realidad incluso de la misma vida eterna, tal intento resulta a primera vista paradójico, para no decir absurdo.

Sin embargo, no cabe asombrarse ante tales datos, ya que la misma Biblia conoce la verdad como *acontecimiento*, a la vez que representa aquella realidad última confiable, que invita a una entrega incondicional, al abandono definitivo. GREGORIO DE NISA, sin duda, es uno de los pensadores más arriesgados especulativamente, pero que nunca se aleja del texto bíblico pese a que se sirve de los conceptos griegos correspondientes, por cierto, a la manera cotidiana, como nosotros nos servimos de las ideas de HEIDEGGER o NERUDA sin darnos cuenta.

Lo que sí vale -ante lo señalado- es que la solidez y confiabilidad de la verdad en el sentido profundo, no proviene de la verdad como tal, sino del fundamento último que ella atestigua: es decir, del *Dios vivo* de la Biblia, en primer lugar; también, del *Bien siempre mayor más allá del ser* del pensar griego helénico. En este sentido desconcierta que GREGORIO señale como *criterio seguro de la*

verdad el conócete a tí mismo, ya que esta famosa máxima griega, escrita en el frontis del templo de Delfos, desde tiempos remotos da al hombre que pensar respecto de su identidad y la fugitividad de su vida.

Ello, sin duda, confirma, a primera vista, el fustigado "platonismo" de GREGORIO DE NISA, padre de la Iglesia del siglo IV, que nació en una familia cristiana¹, conocido por sus miembros santos, un origen que, de hecho, da un tinte distinto a su forma de pensar y hacer teología, que lo distingue de JUSTINO. Sin embargo, lo mismo que a otros autores cristianos, GREGORIO también ha sido acusado de falsificar la fe bíblica por categorías helénicas, acusación injusta, por cierto, a la luz de nuestros criterios actuales de inculturación, que dejan pendiente hasta el día de hoy la pregunta de TERTULIANO: «¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué tiene que ver la Academia con la Iglesia?»².

GREGORIO DE NISA se nutre de las diferentes vertientes culturales de su contexto, igual como su hermano mayor, el gran BASILIO, quien escribió un apartado especial dedicado a la interpretación del *conócete a tí mismo*. GREGORIO se refiere a esta misma máxima en diferentes lugares diseminados por toda su obra, no sólo como eminente pensador, también como pastor destacado por su lucha antiherética en torno al Concilio de Constantinopla de 381.

Emerge aquí un fenómeno teológico fundamental: la necesidad de interpretar el *Credo* en un contexto diferente a las categorías manejables, no sólo por la elite, sino también para la gente de la calle, el pueblo creyente común. Por eso, no tiene sentido ubicar citas aisladas respecto de la interrelación de los enunciados bíblicos con los grandes imágenes de la antropología platónica; en cambio, sí se trata de comprender la estructura general del pensamiento común del contexto, que gira en torno al autoconocimiento del hombre.

De ahí que nos sentimos atraídos por el recurso de GREGORIO al *conócete a tí mismo* en la medida que el autor presta atención al vuelco del hombre sobre sí mismo, que funda la época moderna y es llevado al extremo por la postmoderna. Para GREGORIO, en efecto, como para los pensadores de todos los tiempos, *el conocerse a sí mismo* constituye una posibilidad originaria del hombre en cuanto único ser capaz de tomar distancia de sí y volverse sobre sí mismo. El Niseno comprende esta capacidad también en interrelación con aquellos hitos que atestiguan su gestación a lo largo de la historia. Cabe recordarlos brevemente³, para

¹ Cfr. F. DUNZEL, *Braut und Brautigam*. (BGBE, 32) Tübingen 1993, 5-7; Gregorio de Nisa nació entre 335-340 y murió después de 394.

² TERTULIANO, *Praescr. haert.*, 7,9

³ Cfr. P. COURCELLE, *Coonais-toi meme de Socrate a saint Bernard I*. Paris 1974, 97-111; M. REISER: "Erkenne dich selbst! Selbsterkenntnis in Antike und Christentum", *TrTZ* 101 (1992) 81-100; I. ESCRIBANO-ALBERCA: "Die Spätantike

luego abordar el aporte propio de la obra gregoriana en algunos de sus rasgos más destacados.

El significado del oráculo de Delfos como *saludo y memento mori*, de hecho, pronto se interpreta a modo de atisbo, en cuanto lleva implícito una interrelación del conocimiento del hombre con el de Dios. Así lo explicita sobre todo FILON DE ALEJANDRIA a la luz de Dt 15,9, cuando insiste en que "el hombre es nada frente a Dios". PLATÓN, por su parte, ya había señalado esta verdad, aunque con dirección inversa: es el conocimiento de Dios el que posibilita el conocimiento del hombre a modo de espejo. SOCRATES desconoció este sentido de inversión, cuando dedica todo su esfuerzo a comprender y vivir el *conócete a tí mismo* en el sentido genuino inacabable, en cuanto "envejeció sobre él". Pero el oráculo recibió la máxima explicitación en el *Fedro* de PLATÓN, obra y autor especialmente apreciado por GREGORIO DE NISA ya que invita al "saber del saber", idéntico con la "sabiduría" propiamente tal.

A nivel bíblico se produce, fuera del aporte de FILON y su conexión con Dt 15,9, un fenómeno curioso con respecto a la traducción de Cant 1,7/8 de parte de los LXX, que hace entrar el oráculo de Delfos en la Biblia "como Pilato entró en el Credo". En efecto, los primeros comentarios patrísticos del *Cantar de los Cantares* de HIPOLITO y ORIGENES se orientan por el *conócete a tí mismo*, que traduce el original: "Si no lo sabes...". Bajo la mención explícita de dicho oráculo, el Alejandrino desglosa la dimensión especulativa y moral del conocimiento de sí, recurriendo para este último a la tradición estoica cínica. Respecto a la tradición neotestamentaria cabe recordar la influencia de Pablo, sobre todo en la carta a los Filipenses por la cual el autoconocimiento se realiza a partir del conocimiento de Cristo (cfr. Flp 3, 8).

Al adentrarnos en los escritos del Niseno nos llevaremos más de una sorpresa. Por razones de brevedad, la presente reflexión sigue de cerca tan sólo el *Comentario al Cantar de los Cantares* (en adelante *CoCant*)⁴, ya que allí el pensamiento teológico del autor parece encontrar su mayor plenitud y madurez.

El *conócete a tí mismo*, sin duda, toca el meollo de la teología, pero en GREGORIO conlleva una complejidad casi impenetrable a partir del modo como aborda la relación *entre* el hombre y Dios. Lo complejo

Entdeckung des inneren Menschen und deren Integration durch Gregor", en H. DORRIE u.o., *Gregor von Nyssa und die Philosophie*. Leiden 1976, 43-60; D. BETZ H.: "The Delphic Maxim ΓΝΩΘΙ ΣΑΥΤΟΝ in Hermetic Interpretation", HTR 63 (1970) 465-484.

⁴ GNO VI, 63, 9-69, 20; 72, 5-12. Cfr. GREGORIO DE NISA, *Comentario al Cantar de los Cantares*. Edición preparada por TEODOR H. MARTIN-LUNAS (ICHTHYS,16), Salamanca 1993.

no recae, sin embargo, sobre uno de los dos polos de dicha relación, sino que se gesta por el *entre*, partícula aparentemente insignificante que articula la "relación", el accidente menudo, según TOMÁS, desde siempre muy vulnerable como fenómeno humano, pero que hoy adquiere una relevancia especial.

Este *entre* se constituye en un verdadero problema cuando se encuentra de por medio la pregunta por la verdad, sobre todo si se piensa su articulación cual llamativa "desemejanza semejante". La relación de Dios para con el hombre es unilateral, es decir, Dios no necesita del hombre y el hombre no condiciona a Dios por la necesidad vital que tiene de El. Sin embargo, resulta válido que la verdad no puede conocerse de otra manera, salvo *a partir* del hombre y *en* el hombre.

I- El hombre y su fin último

Todo el *CoCant* parece ser una única "subida" hacia una meta fija. Parece tratarse de un movimiento continuo, explicitado en imágenes elocuentes en las cuales se trasluce el íntimo ligazón indisoluble de la realidad concreta con su fundamento invisible. Como este ligazón es desconocido por el *Banquete* de PLATÓN, donde se habla de "ascensiones hacia la belleza", pero como de un "dejar el mundo atrás", no será posible entender la subida gregoriana al modo platónico. El mismo GREGORIO ofrece sí la pista para una comprensión más acertada cuando se muestra maravillado ante el hecho de que al "gran David" se le ocurrió cantar en su corazón tales "ascensiones". Por tanto, la presente búsqueda se encauza decididamente por derroteros más bien bíblicos.

Cuando el Niseno elabora su interpretación del Cant 1, 8 al final de la *Hom. II* del *CoCant* y destaca la índole preparatoria, se refiere al "bien mayor". Pese a la claridad con que pone a descubierto la orientación decisiva del hombre hacia el bien, en cuanto bien verdadero, GREGORIO no define tal bien de modo unívoco. Son, más bien, articulaciones multifacéticas que ponen a descubierto la naturaleza de este bien, como si un nombre no sería suficiente y requeriría una continua reformulación. De hecho, "son muchas las manifestaciones de Dios, ya que una no basta". Afirma -en sintonía con toda la tradición neoplatónica- que el bien verdadero es siempre el mismo, no se cambia, pues es Dios.

Pero, de modo contrario a la tradición clásica, el nombre de Dios para GREGORIO no puede conocerse, porque Dios está por encima de todo, es infinito, y hay que pensarlo en la indeterminación. Pues, si Dios tuviera límites, rasgos definibles, sería numéricamente determinable, lo

que equivale a compuesto, pero Dios es uno y -como tal- es simple en la diversidad de sus atributos. Estas propiedades se compenetran todos por igual, tan sólo que el "mirar" parece abarcar, de su parte, a todas de modo envolvente. De este modo, GREGORIO piensa salvar la verdad de que Dios-uno es a la vez tríada, como la fe lo revela. Constata que hay un solo movimiento hacia el Bien y no hacia tres bienes, de tal modo que la visión divina la ejerce el Padre por el Hijo y llega a su culminación en el Espíritu Santo. Pese a la penetración especulativa, GREGORIO sostiene que más que pensar a Dios hay que amarlo.

Dios, de hecho, es amor, y sólo el amor no tiene límites. De esta manera, "la vida de la naturaleza superior es amor, porque el bien para aquellos que lo conocen es para amarlo". En esta descripción gregoriana del bien no sólo queda demostrada la común naturaleza por la identidad de la actividad en Dios, también resplandecen en El los rasgos propios de una donación del ser personal e infinitamente libre. Son diversas, sin duda, las *energeia* de este verdadero bien, vistas desde abajo, pero, prolongando sus articulaciones referenciales, se puede sospechar, en cuanto conjetura, que éstas, más allá de las semejanzas dadas, se encuentran a modo de tres antorchas en un punto de identidad, por cierto totalmente desemejante.

Verdad importantísima que puede percibirse en profundidad allí donde el Niseno detiene su argumentación en la infinitud de Dios, para mostrar la logicidad misteriosa de la *unidad tríada*, recurriendo al ejemplo de la *in-existencia* de tres individuos en la naturaleza humana. Así confluirán armónicamente para una unidad simple que, de hecho, se ha dado a conocer como *Trinidad*. Esto se aprecia, por ejemplo, en que "la fuente de poder es el Padre, el poder del Padre es el Hijo y el espíritu de este poder es el Espíritu Santo".

Insiste GREGORIO a la luz de la Sagrada Escritura, que la divinidad se descubre por la armonía existente entre lo semejante. La mente es llevada de una cosa a otra, para llegar a la primera causa de todo. De tal manera "la primera causa, que es nuestro Señor, irradia en nuestros corazones por el Espíritu Santo (...) y luego toda causa por encima de todo, que es Dios por encima de todo, se encuentra por nuestro Señor, quien es la causa de todas las cosas. Pues no es posible lograr un conocimiento exacto del Bien arquetípico, excepto como aparece en la imagen del invisible".

Para recalcar esta misma verdad, GREGORIO también se permite dejar, de repente, "la cúspide de la teología" y volver, como lo hace con frecuencia, al raciocinio humano con ejemplos sugestivos. Señala así que cabe imaginarse tres luces que nacen una de otro a modo del sol y, como tales, manifiestan una igualdad en cuanto a la belleza, el poder, la forma. Es significativo que esta unidad de ser en su expresión trinitaria se encuentra referida a los trascendentales: "La grandeza del Espíritu se

relaciona con lo moralmente bello y bueno, que viene de Dios por el Hijo y es completado en todo por medio de la intervención del Espíritu Santo". El Padre es la fuente de la naturaleza divina. El Sumo Bien, comprendido como Trinidad, sin embargo, es reconocible tan sólo en sus vestigios en la estructura propia del ser creado, en cuanto éste atestigua la bondad no por sí mismo, sino gracias a la participación en el Bien.

El hombre, por su parte, no sólo es bello y bueno por participación, pues refleja también los rasgos más propios de este "misterio de la verdad": el amor, en cuanto le incumbe amar a modo de los discípulos. Pero el amor, en un sentido general, "es la inclinación innata hacia aquello que es grato y el operar según el placer, es decir, inclina hacia lo que uno quiere". Por eso, son principalmente inclinaciones y mociones del ser humano, que traslucen los vestigios referenciales del ser en el hombre por medio de su constitución interna compleja, pero abierta.

GREGORIO precisa esta dimensión metafísica y práctica a la vez, en su interpretación del *conócete a tí mismo* en *CoCant II*, a partir de la manera como los amigos del Esposo animan a la esposa, figura del ser humano en camino a la perfección, la felicidad, el "bienestar". Los amigos del esposo la animan, asegurándole su bienestar futuro, pese a que el lenguaje de ellos no es claro. Sin embargo, una vez citado el texto bíblico de Cant 1,8, GREGORIO agrega que este texto "un tanto oscuro" se comprende gracias a la "secuencia" esbozada respecto de lo dicho.

Resaltado así este principio hermenéutico, el Niseno completa la interpretación del sentido metafísico con la insistencia sobre la importancia de *conocerse a sí mismo*. Hace mención de la importancia de la distinción fundamental del ser en lo esencial, permanente, y lo mutable, pasajero y periférico. Este doble orden se confunde con facilidad cuando se "trata de nosotros mismos". Tal confusión la ilustra por un triple paso que permite apreciar -desde tres facetas diferentes- la misma realidad, en cuanto requiere un discurso, un discernimiento serio a partir de bases puestas en una argumentación según el sentido común.

Insiste el obispo de Nisa en el "creer que miramos a nosotros mismos, mientras miramos otra cosa, que es periférico". Lo cual sucede en aquellas personas incapaces de mirar a sí mismos "cuando perciben la fuerza, hermosura, honra y elegancia personal, piensan que todo esto son ellos mismos. Debido a ello, se ponen inseguros con respecto a sí mismos: a causa de lo extraño se ponen negligentes para consigo mismos". Se pregunta, ¿cómo puede uno custodiar lo que no conoce? La custodia más segura de los bienes en nosotros es no vivir en ignorancia para consigo mismo, que cada cual se conozca tal como es y distinga muy bien lo que pertenece a lo periférico, y no custodie inadvertidamente lo extraño en lugar de sus propios bienes.

Esto sucede cuando alguien se fija en la vida en este mundo y considera digno de ser custodiado lo que allí se da. Tal ser humano no sabe distinguir lo propio de lo extraño. Y GREGORIO concluye: "nada pasajero es nuestro, ¿cómo pues nos podemos apoderar de lo pasajero y fluido en este mundo?". Luego, el Niseno invierte su mirada volcando su atención especulativa sobre la naturaleza espiritual que permanece. Argumenta así: "La materia perece en una especie de fluir y movimiento al cambiarse continuamente. Por necesidad, aquello que se separa de lo que permanece es arrastrado con lo inestable. Quien corre detrás de lo perecedero y abandona lo permanente, perderá ambas cosas. Abandona pues una cosa, pero la otra no la puede retener".

Finalmente GREGORIO sintetiza el sentido metafísico descubierto del *conócete a tí mismo* con una cita bíblica, la de Mt 25,32s, que orienta toda la argumentación hacia su significado definitivo: "Por eso, los amigos del esposo aconsejan a la esposa en estos términos: 'Si no lo sabes...'. Esto significa, "quien se desconoce a sí mismo se aparta del rebaño de las ovejas y se juntará con los cabritos que estarán a la izquierda. Los amigos del esposo nos advierten que debemos considerar la naturaleza de las cosas y no andar por senderos que nos apartan de la verdad". Lo que está en juego, en definitiva, es la verdad que acontece entre el ser humano situado en el mundo y el Bien verdadero trascendente y siempre mayor.

II- El desvío de la meta

GREGORIO desarrolla una segunda faceta de su comprensión de Cant 1,8; destaca la mayor claridad que se encontrará al respecto del mismo texto bíblico. Emerge nuevamente el doble orden del ser mencionado anteriormente como trasfondo de la argumentación gregoriana, pero -más allá de la índole óptica- se articula ahora en un nivel ético, en cuanto modo propio de la virtud. Mientras predomina la influencia platónica en el primer intento de aproximarse al *conócete a tí mismo*, ahora emergerá con más fuerza el trasfondo aristotélico.

Para explicitar dicho *conócete a tí mismo*, el Niseno se detiene en la experiencia cotidiana en el *CoCant* a partir del descubrimiento de nuestra manera de seguir las costumbres: sucede así con "muchos hombres que no reflexionan sobre la naturaleza de las cosas, que viven de modo rutinario y se afanan por puestos en este mundo". Y no falta, finalmente, la gente que descarta prácticamente la "otra vida", porque las costumbres les hace estar acostumbrada a no orientarse hacia el futuro.

Aquí cabe recordar algunos datos antropológicos básicos del pensar gregoriano: toda moción del alma está predispuesta al bien por

el Creador, para que los tesoros divinos no permanezcan perezosos y haya espacio donde acoger el bien que todo hombre aspira. De tal manera, el ser humano puede dirigirse a El espontáneamente, por propia cuenta, para lo cual posee una dignidad real. Dios incurrió así en el riesgo de comunicarle al hombre su propia libertad, gracias a ésta el hombre es independiente y libre. Pero es esta misma libertad la que origina el uso errado del movimiento hacia el bien y el mal.

No en Dios, sino en la libertad humana tiene su origen el mal, afirma GREGORIO, siguiendo la Sagrada Escritura. De tal manera, dicho mal no es una substancia, sino una "relación". Como muchos Padres, el Niseno también sostiene que el mal no existe en sí, sino es privación del ser, carencia de existencia. Esté mal no tiene existencia fuera de la libre elección. Como tal se identifica con la ignorancia, el desconocimiento del verdadero bien y se manifiesta en la avaricia.

Para GREGORIO, tal desviación del hombre de su orientación básica abierta hacia el bien, implica -por cierto- graves consecuencias, pero es superable, en la medida en que el mal es *no-ser* y tiene límites. De tal manera, puede preverse un posible agotamiento definitivo del mal, allí donde se acrecienta lo opuesto a su origen mutable: la estabilidad. Esta, al igual que el desenvolvimiento de la mutabilidad, no es algo automático, sino que debe ser conquistado libremente por la virtud.

Asimismo, quien aspira a la virtud posee el bien como posesión segura. El ascenso a esta virtud es sin límites, a la vez que puede verse el bien en su interior por la fe. El modo de custodiarlo, por su parte, consiste en rechazar lo contrario. Como para el Niseno la virtud es ser libre y ser libre, a su vez, es la identidad con la propia naturaleza, cabe señalar los dos criterios principales que nuestro autor señala con precisión para discernir el bien en esta vida: a) la medida justa, y b) el momento oportuno.

En consecuencia, la vía segura para adquirir el bien es aquella que ama en esta misma medida con la caridad, en el sentido bíblico. Una sola cosa merece ser amada por naturaleza: el verdadero ser del cual habla el decálogo. Si, de hecho, el uso de la obra buena al momento oportuno determina el bien para la vida del hombre, uno sólo puede ser el bien: el gozo ininterrumpido, a causa de aquello que es bueno, aquello que nace de la obra buena. Aquí, el límite temporal se condensa en presencia.

Para hacer entender el *conócete a tí mismo* dentro de este contexto, GREGORIO contrasta la vida humana con la Palabra del Evangelio: el que busca lo que realmente es propio de la naturaleza humana, no hará caso a las costumbres irracionales, ni buscará bien alguno que no sea ganancia para el alma. Exhorta, por eso, a que "no hay que seguir las huellas de animales que buscan únicamente los

bienes de la tierra. Porque debido a las apariencias de este mundo no podemos hacernos un juicio exacto sobre lo que vale más, lo cual veremos claro cuando salgamos de este mundo". Resalta en GREGORIO que la claridad de la vida verdadera queda reservada al futuro, mientras las "huellas de los animales" conducen a una vida aparente.

Finalmente, el Niseno señala otra posibilidad de desconocerse a sí mismo, posibilidad mucho más sutil, pero claramente opuesta a la verdad. Se trata de la vida de aquellos que desconocen las cosas mismas, lo que es bueno y malo. En efecto, se orientan por las costumbres de "tiempos pasados". Por eso se trasforman en "cabritos prudentes" es decir, sabios a manera del mundo, pero lejos de la vida verdadera, que emerge una vez más sobre el trasfondo escriturístico de Mt 25,32.

III- La imagen, reflejo del arquetipo divino en el hombre

Descartada una vez la posibilidad de no entenderse a sí mismo y las maneras concretas de vivirla, GREGORIO remonta su argumentación en torno al *conócete a tí mismo* a una *a priori teológico*, que resalta de modo especial por el hecho que el discurso está dirigido directamente a la esposa, figura literaria que simboliza el ser humano, que avanza en el camino a la perfección. "Tú que de negra has pasado a ser hermosa", afirman los amigos, pero insisten de inmediato: "si quieres que la gracia y el ornato de tu figura dure mucho, no sigas las huellas de tus antepasados".

El *a priori*, que anticipa el orden existente, hay que comprenderlo especulativamente. Sin duda, es doble en cuanto expresa la "transformación óptica" del ser humano desde el estado de perdición hacia la regeneración, que a su vez presupone la distinción entre lo mutable y lo permanente. La mencionada transformación está descrita por el Niseno como la "hermosura" originaria recuperada.

Sin lugar a dudas, junto con el movimiento de la ascensión, GREGORIO explicita en su obra, aunque con menos frecuencia, pero con mayor intensidad, la entrada del hombre en sí mismo. Ahí puede apreciarse al ser humano avanzando por la incertidumbre interior hacia una meta segura. Esta se va revelando entre luces y sombras, tan solo en los reflejos del incesante esfuerzo de *conocerse a sí mismo*. De hecho, el "por encima del ser", propio del fin último, llega a ser ahora "lo más íntimo del hombre interior", el $\alpha\delta\upsilon\tau\omicron\nu$. Destellan, pues, sobre el espejo del alma, aquellos rayos pueden descifrarse a través de la dinámica del hombre exterior e interior como provenientes del arquetipo divino.

Cuando GREGORIO hace entrar al hombre en sí mismo, cambian sus categorías antropológicas de modo significativo, aunque conserva su

tendencia a identificar al hombre individual con el género humano. Habla, pues, del hombre exterior e interior, que se identifica con el hombre carnal-natural-psíquico y espiritual. Al trazar esta distinción, el Niseno recurre para su interpretación tanto a Pablo como a ORÍGENES. Pero toda la ocupación, así sea la del cuerpo como la del alma y del espíritu, tienden juntos a la santificación. De ahí que insista en la verdad oculta, como debajo de los escombros, de una imagen deshecha, pero existente en el fondo del alma humana.

Impresiona la verdad interna del hombre que GREGORIO saca a la luz, en lo que se refiere al estado interior del alma, como tapada por unos restos sombríos y sucios, simil del campo lleno de cizaña debajo del cual se esconde el bien. Dé tal modo, el alma queda cambiada al máximo por las pasiones y el pecado. Para el Niseno, el pecado no es simplemente carencia del bien, como se puede sintetizar su comprensión del mal, sino una ruptura de la armonía originaria y, por esta desobediencia del primer hombre, entró la muerte en el mundo. La frecuente y detenida interpretación, no sólo de Gn 3,1s, sino, sobre todo, de Lc 15, pone a descubierto todo el rechazo voluntario de parte del hombre libre respecto del amor incomprensible del Padre.

Como el "ver a Dios" es para GREGORIO la vida del alma, la ignorancia del verdadero bien es neblina que oscurece la claridad visual del alma. Si la neblina crece, el rayo de la verdad no penetra por la densidad de la ignorancia, y se sigue que la total privación de la luz hace cesar la vida total del alma, porque la verdadera vida del alma es la participación en Dios. Se trata aquí, como en el caso del conocimiento, de una relación y no de una substancia. Esta relación va adquiriendo su forma propia por medio de las decisiones libres de cada uno: o como la imagen del ídolo o como la de Dios.

Mientras la primera se forma a partir del hombre mismo y se opone a su ser originario y perfecto, la segunda es la originaria, que se encuentra impresa en el alma como en un espejo. Pues mirando el arquetipo, el alma se ve a sí misma, porque ella está moldeada según el arquetipo divino, no idéntica sino semejante, ya que la "imagen tiene en todas partes la semejanza con el modelo arquetípico", revelando así el "misterio de la verdad".

Según GREGORIO, la imagen propia del alma está creada según la belleza de Dios. Pero cabe preguntar: ¿cuál es la divinidad a la cual se asemeja el alma? Sin duda, es inteligente, inmaterial, intangible, incorpórea, sin dimensión ni límites fuera de su propio ser ilimitado. Esta divinidad inmaculada es libertad soberana. Comparte liberalmente, por puro amor, la plenitud de los bienes que Es. Subraya así el Niseno el origen dialógico que marca, en definitiva, la estructura del hombre en cuanto imagen, que participa en lo que es propio de Dios. De ahí que para el Niseno, el arquetipo divino es el amor trinitario que se vuelca

hacia fuera. Para GREGORIO, el Padre constituye el origen último que tiene Su Imagen en el Hijo y se entrega por los ojos del Espíritu a los fieles.

GREGORIO sostiene que este arquetipo encuentra su imagen en el hombre: "no es posible de otra manera ver el rostro del Padre, sino por medio de su imagen, pero la imagen del Padre es el Hijo Unigénito y nadie puede ver a Este, si no es iluminado por el soplo de Dios, el Espíritu Santo". De esta manera, la imagen posee una perfección inicial en todo semejante a la belleza de su modelo. El alma es, por cierto, declarada imagen de Dios para que todo lo que es ajeno a Dios quede fuera del límite del alma, lo que vale, sin duda, de su belleza originaria.

Son diversos los aspectos, que como "múltiples colores reproducen la 'belleza del arquetipo', la verdadera morfó", y asemejarse a ella significa salvación. En primer lugar irradia en el hombre la misma pureza y felicidad del arquetipo, esta significativa *apatheia*, que no es insensibilidad, sino libertad máxima, gozo del bien siempre mayor. Luego le es propia al alma la fuerza contemplativa, discerniente y supervigilante, propia de la naturaleza de Dios, por lo cual lleva en sí la imagen de Dios. Esta capacidad intelectual, entendida a modo originario como participación en el Logos de Dios gracias al logos humano, es resaltada por el Niseno en relación con la mente de Cristo, que transforma el ser humano en "espíritu bueno", porque Dios es bueno".

Puede decirse de este modo, que la imagen no es otra cosa que el conocimiento y amor de Dios. El *ágape* está impregnado en el fondo de nuestro ser, porque Dios es amor y fuente de amor que, como tal, se refleja en nuestro rostro. Y en esto se reconoce que somos sus discípulos, en que nos amamos unos a otros. Estos múltiples rasgos de la belleza del arquetipo divino en la única imagen del hombre no son diferentes fuerzas separadas, sino reflejan la diversidad en la unidad del modelo trinitario, enlazada con arte, sobre todo, por la libertad y el amor, en un proceso dinámico del asemejarse la imagen a su modelo a través del tiempo.

GREGORIO, sin embargo, no se cansa de resaltar la desemejanza en la semejanza. Pues es tan grande el caudal de los bienes que componen la imagen, que ésta -en definitiva- llega a ser tan indescriptible como la relación del Espíritu con el cuerpo. Permanece lo "incomprensible a partir de lo más semejante". Es importante que todo esto se dé sin que falte algo.

Son tan grandes estos bienes, que la Sagrada Escritura los sintetiza en la escueta expresión: "el hombre fue creado según la imagen de Dios", con lo que el Niseno señala uno de los aspectos decisivo de su interpretación del *conócete a tí mismo*; queda a descubierto, pues, el fundamento último, iluminado desde las Sagradas Escrituras: *el hombre*

creado a imagen y semejanza de Dios. GREGORIO sintetiza lo señalado e insiste, primero, en la unicidad de la imagen de la naturaleza impecederera: "sólo tú eres imagen de la naturaleza que sobrepasa toda inteligencia (...) eres semejante a la hermosura que en nada hay percedero; eres relevante figura del Dios verdadero, palabra de la bienaventuranza, espejo lleno de la luz verdadera".

Luego destaca la posibilidad del hombre de transformarse en Dios, señalando que al mirar la luz verdadera "en ella se transforma, imitas a aquel que resplandece en ti, su luz se refleja en tu pureza". Por eso el Niseno concluye con razón: "de cuanto existe, nada hay tan grande que iguale tu grandeza". Se detiene, finalmente, ante la maravilla de la Inhabitación; es decir, este hecho asombroso y paradójico, que Aquél que contiene en sí todo se deja contener por su criatura, para afirmar: "en tí habita Dios quien con la palma de su mano sostiene todo el cielo...".

Pero cabría recordar que los bienes de la imagen son tan grandes, además de ser irrevocables, que no pueden ser recibidos todos de una vez. Esto significa que la pregunta por la imagen restaurada, la definitiva, no debe plantearse como se suele hacer desde las consecuencias innegables del pecado, sino a la luz de la resurrección. Ésta, de hecho, corona todo este esfuerzo amoroso de parte de Dios para con el hombre de hacerlo volver al comienzo. Dios no decide crear una realidad nueva, sino recuperar la antigua imagen en el nuevo esplendor. Este argumento gregoriano tiene, sin duda, su antecedente en la verdad filosófica antigua, de que el fin es semejante al origen. Sin embargo, llama la atención que para el Niseno la imagen recuperada terminará trascendiendo a la originaria hacia una "novedad", hacia un "más" que se gesta indudablemente a través del tiempo, en relación con el hombre verdadero.

IV- El hombre verdadero y su *a priori* cristológico

El punto culminante de todos los bienes es lo que GREGORIO llama *la gracia del sometimiento* de todo a Dios y que, según él, no es otra cosa que la "salvación". Lo bello y el bien vienen de Aquél de donde proviene todo bien. Esta es la estructura esbozada que, por su índole relacional de comunión, permite comprender el doble *priori* señalado, que se interrelaciona con un significativo indicativo en la interpretación gregoriana del *conócete a tí mismo*, en cuanto éste se transforma en el imperativo de "conservar".

A fin de comprender este imperativo, cabe recordar que es propio de la manera de pensar de GREGORIO, que el movimiento antropológico de ascensión desemboque en la figura del Siervo sufriente

y el de bajada, en el encuentro del Señor Resucitado. Por eso, la persona de Jesús emerge como el *a priori* propiamente tal, en cuanto cruce decisivo entre movimientos fundamentales de la antropología gregoriana. Pero, a la vez, estos movimientos se invierten de modo paradójico para rebalsar en la sobreabundancia de un más cada vez mayor, visible sobre todo en cuanto al cuerpo del Cristo total.

Afirma, pues, el Niseno: "la naturaleza del bien, que está encima de todo y para el cual no puede encontrarse ni palabra ni concepto, Él, que siendo rico, se ha hecho pobre por nosotros, no es otra cosa, sino el mismo Unigénito de Dios, Él, que siendo rico, se ha hecho pobre por nosotros. El sentido de esta pobreza en la carne, que atestigua el Evangelio, es prefigurado aquí, haciendo feliz a aquellos, quienes se han familiarizado con esta pobreza de acuerdo a su comprensión. El es pobre según la forma de siervo, pero bendecido según la naturaleza de la divinidad".

Esta presentación de la persona del Unigénito de Dios revela, sin duda, junto con otros textos, un momento crucial de la antropología gregoriana en cuanto designa a Jesús como el bien propiamente tal, que se constituye en el sentido y fin último del hombre. El hombre, pues, no puede sobrepasar sus límites, pero Él bajó del Padre. El Siervo asumió nuestra mutabilidad. De tal manera, que en él se puede reconocer dos realidades enteras, lo eterno y lo humano, por lo que es Siervo y es Dios. Revela cómo asimilar el bien en la vida terrena, sometiendo propiamente toda nuestra naturaleza por su ejemplo.

La verdadera naturaleza del bien tiene, de hecho, un rostro muy perfilado, que adquiere forma una vez en el seno del Padre en cuanto Unigénito de Dios, quien se hace obediente: "Por lo cual, cuando Él vino en la forma de siervo para cumplir el misterio de la redención por la cruz, Él que se vació a sí mismo, quien se humilló a sí mismo asumiendo la semejanza y forma de hombre, siendo encontrado en todo como no siendo así por naturaleza, sino haciéndose libremente así por su amor a los hombres: el Señor de la gloria, quien a pesar de que sufre la vergüenza y encara el sufrimiento en la carne, no pierde su libre voluntad (...) entonces llegó a ser obediente, Él que tomó sobre sí nuestras debilidades y llevó nuestra enfermedad". Por eso, le es connatural ser "dador por sernos dado". Resulta lógico, que el ascenso aborde la filiación adoptiva.

Cristo, el Siervo, que es el "primer nacido entre los muertos", tiene la preeminencia en todo: "Después que todas las cosas pasaron, como dice el apóstol, llegó a ser el *Primer nacido* de la nueva creación del hombre en Cristo por una doble regeneración, semejante a éste por el santo bautismo y éste que es la consecuencia de la resurrección de la muerte, llegando a ser en ambos para nosotros el príncipe de la luz, las primicias, el *Primer nacido*."

Este *Primer nacido* tiene hermanos: en las palabras del Resucitado a María: "vete a mis hermanos, y diles que iré a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios" El sintetiza la meta de su economía, en cuanto hombre. Con la adición "de nuevo", se sugiere que la manifestación del Señor tendrá lugar el último día. Porque como en el nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, aunque la naturaleza humana no pertenece a lo que está encima de todo nombre, de todos modos, dice que el *Primer nacido*, quien es llamado así a causa de nuestra salvación, viene de nuevo al mundo, el Hijo resplandor de la gloria que desde siempre es.

Usando el título "mediador" la Sagrada Escritura revela, según GREGORIO, todo el sentido del misterio de salvación. La meta es esta unión con Su cuerpo, que es toda la naturaleza humana. Por eso es llamado "mediador": "Según esto, el Señor de las criaturas llama de vuelta a su propia criatura y se hace hombre, permaneciendo todavía Dios: siendo ambos Dios y hombre en la totalidad de las dos naturalezas. De este modo, la humanidad está unida indisolublemente a Dios en el Hombre, que es en Cristo, reconociendo la obra de la mediación: gracias a las primicias de nosotros, toda la *masa* está potencialmente unido a Aquél".

Según GREGORIO, son las primicias, Cristo, el que hace al verdadero Dios ser su Dios y al buen Padre su padre. La bendición es para la naturaleza humana en su totalidad, lo que significa que por las primicias el verdadero Dios y Padre llega a ser Padre y Dios de todos los hombres. Pues si "las primicias son santas, la masa también es santa" (Rm 11,16). Esto significa que el Verbo, que está junto con Dios acogió en sí mismo toda nuestra naturaleza, a fin de que fuera con Él deificada la humanidad mediante la mezcla con la divinidad, porque mediante aquellas "primicias", con Él se santifica toda la masa de nuestra naturaleza.

La inversión revierte en la dimensión eclesial del único cuerpo. A esto corresponde, según GREGORIO, lo siguiente que explica ampliamente: «La gloria que me has dado, la entregué a ellos» (Jn 17,22). Gloria designa aquí al Espíritu Santo, quien entregó a los discípulos por el soplo. Pues es imposible, que aquellos que están separados unos de otros, sean unidos de otra manera, sino que crezcan juntos en la unidad del Espíritu Santo. No puede ser que uno posea el Espíritu de Cristo y no le pertenezca (cfr. Rm 8,9).

GREGORIO descarta explícitamente en su interpretación del *conócete a tí mismo*, no sólo "las costumbres de seguir a los antepasados", sino también la simple "ignorancia" no enfrentada con valentía: "no sabes con certeza si tu camino es el de los cabritos". Puede suceder, que "no sabes con certeza si tu camino es el de los cabritos como no te has preocupado de saber quiénes eran los que andaban por

estos caminos". Por lo cual el resultado será nefasto y de gran sorpresa, como señala el Niseno: "cuando acabe tu vida y entres en el establo de la muerte te sorprenderá hallarte entre cabritos, cuyas huellas seguiste por no preocuparte de saber si los estabas siguiendo o no".

Finalmente, llama la atención que el Niseno en este momento de la argumentación, donde se podría esperar una referencia al oráculo de Delfos, lo omite y se sirve de Dt 15,9: "cuídate de ti mismo" dice la Escritura. Esto es para GREGORIO, "*criterio seguro* para mantenerte en el bien".

V- Consumación escatológica

Cuando GREGORIO llega al fin en su argumentación, este fin se proyecta, a la vez, como consumación del camino iniciado: porque si admiraras los cielos, oh hermosa, si más que ellos eres tú y más estable y duradero. El cielo pasará, tu en cambio permaneces. Frente a esta verdad, que pone al ser humano entre principio y fin "nosotros los hombres, a causa de la permanente e incesante mutabilidad de nuestra naturaleza, solemos apoyarnos en la inclinación de la voluntad, como, por decirlo así, el alma no se comporta del mismo modo hacia atrás que hacia adelante: la esperanza orienta el movimiento hacia adelante el recuerdo sigue al movimiento de la esperanza, que va adelante.

Esta situación se revela, sin duda, conflictiva para el ser humano situado en el mundo. Si la esperanza conduce al alma hacia el bien, entonces, el movimiento de la voluntad impregna al recuerdo un vestigio alegre, resplandeciente. Pero, si por el contrario se equivocó en el bien, porque la esperanza ofreció una ilusión bella, el recuerdo se transforma en vergüenza. Se hace notar aquí una ambigüedad congénita en la situación del hombre en el mundo. De ahí que, si el ser humano quiere realizarse como tal, tiene que experimentar el mundo para no privarse de credibilidad. Tal experiencia, sin embargo, no se lleva a cabo a través de cosas singulares, y sí por medio de conceptos, que se refieren a aquella realidad que no podemos sino gozar.

De esta manera, el conocimiento no proviene para GREGORIO sólo del intelecto, sino sobre todo de "la inclinación a aquello que se quiere". Pero tal conocimiento experiencial puede desembocar todavía en la vanidad si el hombre no está atento a que es "algo", una gota, una huella, un vestigio del ser, que alcanza a tocar y ver, aunque sea como en un espejo. El ser humano, de hecho, percibe "algo" bello, pero la belleza en sí está fuera de la naturaleza, lo mismo vale del bien y de la verdad. El hombre se encuentra con estos "vestigios referenciales del ser" como con el agua desbordante de un río que ve delante de sí, pero no alcanza descubrir con la mirada el origen de tanta agua. Tal situación

del hombre, por cierto inestable y poco fiable para la orientación básica del ser humano hacia el fin último, está preñada, sin embargo, de posibilidades inauditas a causa de esta misma mutabilidad, ya que "nuestra naturaleza, que se siente pobre en cuanto al bien, tiene siempre una inclinación hacia lo que le falta".

Pero sucede más todavía, porque los recipientes del bien se acrecientan más en la medida en que se llenan. La razón última, por cierto, no está en una superación lograda por un arduo esfuerzo de los propios límites, sino en la naturaleza misma del Bien sobreabundante, siempre mayor. Frente a esta peculiar situación, un tanto ambivalente del hombre en el mundo, su meta se constituye por esencia en algo último, que GREGORIO designa el "bien verdadero" y desde el cual comprende al ser humano: la resurrección.

Esta "resurrección no contiene nada de lo que no se da por la experiencia", pero la imagen recuperada no es exactamente la misma que la inicial, como lo recalca el Niseno, recurriendo al ejemplo paulino respecto del grano que se transforma en espiga para una "mayor gloria". Pero, como la espiga es previa al grano, nuestra resurrección, a su vez, tiene su modelo en la resurrección de Cristo, de tal forma que el primer hombre, Adán, es remodelado por Cristo, Segundo Adán. De hecho, es decisiva para la antropología gregoriana la persona de Cristo, en cuanto eje de *in-existencia* de la realidad de Dios en la del hombre.

Esta perspectiva del futuro se abre para GREGORIO como una disposición total a lo eterno. Ello implica volver una vez más sobre la auténtica comprensión del *desprecio del mundo*: "si te conocieras, oh la más bella de las mujeres, despreciarías todo el mundo. Te desprenderías del error de quienes siguen lo que son sólo vestigios en la vida". Pero todo desemboca en la entrada definitiva al reino del Padre, que proyecta Mt 25,34: "Considera siempre tu propia grandeza y no vayas tras el rebaño de los cabritos, entonces no te apartes de tu derecha, pero escucharás su voz: 'Venid benditos de mi Padre'".

VI- A modo de conclusión

GREGORIO nos ofrece como pastor y pensador una interpretación sugerente del *conócete a tí mismo* en cuanto *criterio seguro de la verdad*. El obispo de Nisa orienta toda su argumentación decididamente hacia el bien que, en definitiva, es la persona de Jesucristo, el Buen Pastor, Aquél que es la verdad en persona. De ahí que el criterio que nos permite estar seguro de esta verdad, emerge a partir de un *encuentro marcado de profunda afectividad y amistad* con Jesucristo, como dicen nuestros Obispos en sus últimas *Orientaciones pastorales*. La verdad tanto hoy como antaño, tiene por esencia una estructura intersubjetiva y

dialogal. Tan sólo que el Niseno sabe mejor que nosotros de una inversión curiosa: el ser humano recién se comprende a sí mismo, cuando descubre en sí al otro, este Otro por excelencia.

La insistencia del *conócete a tí mismo* resuena diariamente en nuestros oídos, frente a la complejidad de nuestra estructura personal y la convivencia conflictiva en la sociedad moderna. De tal modo, tanto GREGORIO como nuestros Obispos, nos hacen detenernos ante *la terrible persistencia del mal y del pecado* en nuestro interior, desde el cual descubrimos en el mundo actual su gravedad en torno nuestro. De ahí que *la responsabilidad de conformar la vida con la de Cristo continuando su obra*, que dicen los Obispos, se abre con hondura y de modo singular por la argumentación gregoriana.

El obispo de Nisa, finalmente, no deja lugar a dudas respecto de la importancia de la *actitud contemplativa continua* por medio de aquel *discernimiento evangélico* al cual nos exhortan las *Orientaciones* de los Obispos en Chile al procurar una *profunda renovación pastoral*: el Niseno nos ofrece ayudas concretas para *reconocer a Jesucristo, su presencia misteriosa* y dar *el paso a la vida de fe*, que nos lleva a asumir nuestra *misión con una lógica nueva*.^v

